

LA PERSPECTIVA AGROPOLITANA: LA GESTIÓN SIMBIONTE CAMPO – CIUDAD EN LA POLÍTICA REGIONAL. UNA VISIÓN DESDE ESPAÑA

Jaime Izquierdo Vallina<sup>1</sup>

En la década de los setenta del pasado siglo XX, y más claramente en la siguiente, se hizo patente en Europa el escepticismo sobre la eficacia de los instrumentos para el diseño de las políticas de desarrollo regional.

La persistencia en la utilización de mecanismos, instrumentos y métodos que en gran medida habían sido sobrepasados por los nuevos contextos económicos y políticos —cambios en las políticas económicas nacionales, descentralización productiva, apertura económica, procesos de reestructuración, reconversiones industriales, etc.— hizo que se generalizaran las críticas sobre los modelos industriales centralizados que, por si fuera poco, tampoco habían percibido como problema la producción de externalidades negativas en forma de contaminación o de ocupación de suelos. En ese ambiente fueron paulatinamente aflorando algunas alternativas al “pensamiento dominante”.

Es pues en ese espíritu alternativo en donde se enmarca la propuesta del desarrollo regional *agropolitano* de John Friedmann. Su propuesta forma parte, aunque lo haya hecho de manera prematura, de las nuevas formas de pensar y activar las propias opciones de desarrollo regional por medio de la movilización de los propios recursos, de los actores locales y de las propias capacidades de innovación.<sup>2</sup>

Las fuertes conmociones motivadas principalmente por la reestructuración industrial hicieron que, por una parte, regiones que antaño ocupaban una posición de centralidad destacada sufrieran las sacudidas de los nuevos tiempos y, por otra, que las nuevas condiciones propiciaran la emergencia de algunas otras como *nuevas* regiones en crecimiento dotadas de capacidades, habilidades específicas y flexibilidad para competir en el mercado internacional.

---

<sup>1</sup> Experto en desarrollo territorial y autor de *Asturias, región agropolitana: las relaciones campo-ciudad en la sociedad postindustrial*. Editorial KRK. Oviedo – España. 2008. Más información en [www.agropolitana.com](http://www.agropolitana.com)

<sup>2</sup> Helmsing, a. H. J. *Teorías de desarrollo industrial regional y políticas de segunda y tercera generación. EURE (Santiago)*. [online]. set. 1999, vol.25, no.75 [citado 04 Marzo 2008], p.5-39. Disponible en: <[http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0250-71611999007500001&lng=es&nrm=iso](http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0250-71611999007500001&lng=es&nrm=iso)>. ISSN 0250-7161.

La especialización flexible y los distritos industriales redefinieron el marco de referencia para las políticas regionales y dieron origen a la segunda generación de políticas regionales de industrialización.<sup>3</sup>

Por lo que respecta a la perspectiva de desarrollo regional agropolitano que aquí se expone nace prematuramente como formulación teórica al calor de esta segunda generación de políticas de desarrollo regional y espera llevarse a la práctica en el contexto de las propuestas de la tercera, basadas en el reconocimiento de que “la nueva orientación no requiere necesariamente más recursos, sino aumentar la racionalidad (eco) sistémica en el uso de los recursos y programas existentes”.<sup>4</sup>

Desde el punto de vista de estructura territorial, la imagen de lo agropolitano corresponde a un territorio en el que se produce “la fusión entre lo rural y lo urbano” y donde se percibe nítidamente “el predominio socioeconómico de lo urbano sobre una base física rural”.<sup>5</sup>

Sin embargo, la construcción de una región agropolitana no es sólo esa apariencia. No puede quedarse sólo en esa estructura física de pequeñas ciudades en medio del campo.<sup>6</sup>

Las regiones agropolitanas necesitan ir más allá, ser innovadoras e imaginativas buscando en la fusión y la complementariedad entre lo rural y lo urbano —allí donde se manifieste como una evidencia regional innegable— un nuevo e ilusionante modelo genuino de desarrollo regional inédito aún en Europa.

Asturias es, sin duda, uno de los escenarios agropolitanos más evidentes de Europa occidental. Y, sin duda también, uno de los más entretenidos, más variados y más singulares.

Desde el mismo corazón de las principales ciudades del centro de Asturias —Oviedo (220.000 Habitantes), Gijón (275.000), Avilés (83.000), Siero (50.000), Langreo (45.000) y Mieres (44.000)—, en unos minutos llegamos a los pastizales de siega de la periferia donde invernan vacas del país. Y a poco más de diez kilómetros del centro de la capital, Oviedo, rondan en primavera los osos, recolectores omnívoros, las cerezas.

---

<sup>3</sup> Helmsing, a. H. J. op. cit.

<sup>4</sup> Helmsing, a. H. J. op. cit.

<sup>5</sup> Baigorri, A.: Redes, nodos y corredores Ecología humana y urbanización en Extremadura (Documento para el proyecto *Regionalización en la toma de decisiones en la 'región' de Extremadura-Alentejo. Retos y oportunidades en el año 2000'*, Sección: El sistema de ciudades y los ejes de desarrollo). Badajoz, Octubre 1999.

<sup>6</sup> En alguna conferencia, y de forma coloquial, me he referido al modelo urbano asturiano del área central como netamente *agropolitano*, “no en vano somos, más o menos, media docena de ciudades en medio de los prados”.(Nota del autor). Para más información sobre Asturias véase [www.asturias.es](http://www.asturias.es)

La propuesta agropolitana ordena los espacios agrarios siguiendo una gradación territorial desde los ámbitos estrictamente urbanos y periurbanos, a los rurales más o menos intensificados y, finalmente, a los del rural campesino a los que llamamos, de forma inexacta, espacios naturales y para los que asignamos todavía una “política de protección” a todas luces insuficiente para prevenir y corregir los problemas ecológicos que propicia el abandono campesino y la atonía del desarrollo local.

Y es que las políticas de conservación de la naturaleza desarrolladas por medio de los “espacios naturales” no han protegido el territorio del abandono campesino. No decimos con ello que esta sea una tarea sencilla. Solamente advertimos que conservar no es asistir impasible al desmoronamiento de una coyuntura agropecuaria histórica y a la desintegración de la compleja estructura social, económica, agraria y ecológica que daba sentido al territorio. Si no detectamos el problema será imposible orientar la solución.

Salvo honrosas excepciones, las políticas de conservación de la naturaleza en España se han mantenido pasivas, refractarias, al drama cotidiano de la desagrarización campesina. Su actuación principal se centró en la elaboración de listados, censos y en la profusión de estudios naturalísticos especializados —casi siempre poco integrados en otras disciplinas y en la perspectiva temporal y espacial—, aplicándose con contundencia en la labor de policía y denuncia de los excesos de la intensificación industrial y la difusión urbana pero incapaces de liderar alternativas sugerentes para tratar de paliar la extinción del mundo campesino, colectivo y comunal.

Sus lastres conceptuales le impidieron, hasta la fecha, una evolución para explorar las opciones que se abren con la conservación cultural y propiciar así la transición de los estáticos espacios protegidos del siglo XX a los dinámicos “polos de ecodesarrollo”<sup>7</sup> del XXI.

Por el contrario, en los espacios urbanos y periurbanos, la idea de conservación de lo agrario es meramente testimonial, prácticamente inexistente.

Salvo incipientes y esperanzadoras iniciativas, como la puesta en marcha por el Ayuntamiento de Gijón de los huertos públicos, la agricultura y, lo que es peor aún, los suelos agrarios periurbanos, están desprovistos de mecanismos de conservación que los protejan de la voracidad urbana aún a pesar de su extraordinario valor agronómico.

No obstante, algunas ciudades innovadoras del mundo más desarrollado (Vancouver, París, Londres, Nueva York, Vitoria,...) están explorando los beneficios y las ventajas de

---

<sup>7</sup> Izquierdo, J. *Manual para agentes de desarrollo rural*. Edita Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación – Mundiprensa. 2ª Edición. Madrid. 2005.

incentivar la agricultura urbana. Otras ciudades, por razones diametralmente opuestas y derivadas de la estricta necesidad alimentaria, también han desarrollado la estrategia de la agricultura urbana.

La agricultura urbana y periurbana destinada al consumo de la propia ciudad es un fenómeno emergente en muchas partes del planeta. El Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) estima que 800 millones de personas la practican en todo el mundo.

Según un estudio llevado a cabo por este organismo “las ciudades producen ya la tercera parte de los alimentos consumidos por sus habitantes, fracción que probablemente aumentará en las próximas décadas, pues puede que la agricultura urbana sea actualmente más necesaria que nunca.”<sup>8</sup>

En algunas áreas metropolitanas de primer nivel “políticos, empresas y urbanistas están empezando a considerar la agricultura urbana como una herramienta para ayudar a las ciudades a enfrentarse a distintos desafíos ecológicos, sociales y alimentarios [...]. En este contexto, sacar provecho de la tierra en el interior y alrededores de las ciudades es esencial y evidente. A diferencia de los parques y otros espacios verdes, que generalmente son financiados con dinero del contribuyente, la agricultura urbana puede operar como un negocio rentable.”<sup>9</sup>

En definitiva, la propuesta de desarrollo regional agropolitano se fundamenta en una superación de los planteamientos clásicos del manejo espacial estrictamente metropolitanos, basados, por una parte, en la concentración de actividad económica en el centro y en la renuncia expresa a lo agrario como parte activa en la gestión de la periferia urbana y, por otra, en la profusión declarativa de espacios protegidos en el medio rural campesino sobre la base de unas políticas “proteccionistas” y “conservadoras” insuficientes, a nuestro juicio, para preservar al territorio de la quiebra por abandono.

En lo político, lo agropolitano no es sólo una propuesta gubernamental. Al contrario, implica antes que nada una posición activa de la ciudadanía en la resolución de los conflictos y la superación de los problemas. La conservación de nuestro patrimonio campesino requiere una movilización activa de los herederos, de los descendientes que ahora viven en las ciudades pero que conservan recuerdos de infancia, casa y tierras en la aldea.

---

<sup>8</sup> Halweil, B.; Nierenberg, D. op. cit.

<sup>9</sup> Halweil, B.; Nierenberg, D. op. cit

Y en lo cultural y social es preciso trabajar sobre lo que Edgar Morin<sup>10</sup> denomina “la alternancia ecosistémica” o, lo que es lo mismo, la apetencia cada vez más acusada de ciudadanos urbanos por el contacto temporal con el campo.

Esa alternancia ha sido el principal argumento que explica en Europa la aparición, auge y consolidación del turismo rural y la difusión de algunas propuestas residenciales en las áreas periurbanas.

El contacto con el campo circundante a las ciudades se desarrolla en distintos ciclos ya sean de periodicidad diaria (residencia), semanal (fin de semana) o estacional (vacaciones).

La periodicidad diaria, por la que por la que una vez finalizada la jornada laboral “se vuelve a una residencia en el campo —más allá de la zona residencial de la ciudad— es todavía un privilegio de categorías extremadamente acomodadas, o de profesionales que no están constreñidos por un empleo de tipo urbano muy cerrado”.<sup>11</sup>

Por el contrario, el gusto por la periodicidad semanal de fin de semana, y las vacaciones rurales, se han ido extendiendo por los distintos grupos sociales urbanos llegando incluso ya a los más populares.

La idea que maneja Morin sobre la creciente interrelación de los ecosistemas sociales rural y urbano, motivada por la intensificación de flujos vinculados al ocio y al gusto por una “doble vía urbano-neo-arcaica”, le lleva a predecir un futuro en estrecha integración “no como alternativa, sino como alternancia, no como compromiso sino como complementariedad.”<sup>12</sup>

En consecuencia, grupos sociales urbanos cada vez más extensos y numerosos encuentran interés por la relajación fuera del ecosistema urbano, y se ganan el pan en este ecosistema.

Encuentran, por así decirlo, satisfacción a su modo de vida en la alternancia de las dos “culturas”, incluso de los “dos cultos: el culto de la vida urbana moderna, de su intensidad y sus libertades, y el culto de la vida urbana rústica.”<sup>13</sup>

La mejora de la renta en la sociedad española, de las comunicaciones y de la accesibilidad espacial, como consecuencia tanto del desarrollo de infraestructuras y del incremento del parque automovilístico como de la movilidad y los cambios acaecidos en los estilos de

---

<sup>10</sup> Morin, E. *La ecología de la civilización técnica: de la noción del “medio técnico” al ecosistema social*. Revista Teorema. Valencia. 1981.

<sup>11</sup> Morin, E. op. cit.

<sup>12</sup> Morin, E. op. cit.

<sup>13</sup> Morin, E. op. cit.

vida, han servido de catalizadores para propiciar este fenómeno de interrelación entre el campo y la ciudad que, sin duda, nos sitúa ante una nueva realidad social, espacial y cultural.